

LAS PARÁBOLAS NOS SALEN AL ENCUENTRO
UN CAMINO PARA EL CAMBIO DE MIRADA

Liliana Badaloni O.P.

Pedagoga

“Maestro, ¿Qué significa trabajar en uno mismo?”

Responde el Maestro: Es dejar de esperar que los otros cambien.”

Me encontré con este escrito hace unos días. Pensé que es sesudo el cuestionamiento del discípulo. Me pareció muy sabia la respuesta del maestro. Desde mi rumiar concluyo que puede venir bien para nuestro momento de ‘pandemia-cuarentena’, ya que es una etapa propicia para trabajar en nosotros mismos. Es el único camino para poder, luego, donarse, entregarse, gestando vida.

El “tiempo litúrgico” que transitamos nos propone, desde hace varios domingos, para nuestro alimento y sostén, parábolas del Evangelio de Jesús. Y las parábolas nos proporcionan muchos elementos para trabajar en nosotros mismos, ya que Jesús, por medio de las mismas, nos dice mucho, nos alienta en nuestro caminar, nos inyecta energías nuevas, que nos hacen bien en todo tiempo, principalmente en tiempos de coyunturas inciertas y comienzo de una etapa nueva, si lo permitimos, para la humanidad, como el que estamos transitando.

Puede ayudarnos, para vivir bien esta etapa incierta y preparar la nueva etapa, el detenernos y estarnos presentes, el tener silencio exterior y poner en silencio todas nuestras potencias interiores y exteriores, es decir, serenar y callar nuestros sentidos todos. Permanecer suspendidos cierto tiempo en un momento meditativo; contemplativo.

Este estado de serena armonía, puede permitirnos comprender mejor las experiencias que se movilizan en nuestro interior al permitir que nos hablen las parábolas. Lentamente y andando el tiempo, podemos ir captando, por ejemplo, que las mismas, las parábolas, permiten emerger una imagen diferente del Dios Misterio, del Dios de la vida, del Dios de Jesús; nos proporcionan una percepción vitalizante de nuestra existencia y sus circunstancias, al mismo tiempo que van

desbloqueando vivencias en nuestro interior, que posibilitan la apreciación de la diversidad de reacciones que tenemos los seres humanos ante las distintas situaciones de la vida. Sí, y es así, porque las parábolas del Evangelio, son como espejos de las distintas realidades o situaciones que se viven en la existencia humana terrena, y pueden transformarse en relatos que iluminan, si lo consentimos y admitimos, circunstancias o escenarios de crisis o cuestionamientos que se viven personalmente y en las distintas comunidades e instituciones.

Intentando comprender mejor la función-misión de las parábolas, podríamos pretender o aspirar buscar respuestas a preguntas que, posiblemente, nos hacemos, por ejemplo: ¿Por qué no aceptan todos los seres humanos el mensaje de Jesús? o ¿Por qué entre los seguidores de Jesús hay personas aparentemente más fieles que otras? o ¿Qué es lo que obstaculiza el seguimiento de Jesús? o ¿Por qué mi fidelidad al Evangelio de Jesús es tan intermitente? A estas preguntas podría responder, por ejemplo, la parábola del sembrador.

También, podríamos preguntarnos, ¿Qué hacer con quienes piensan distinto? o ¿Por qué hay que ejercitar la paciencia con los procesos históricos? o ¿Qué hacer con mi propia 'cizaña'?, a estas preguntas puede responder la parábola del "trigo y la cizaña".

A lo mejor nos cuestionamos ¿Por qué lo que llamamos "Reino de Dios", que es el sueño de Jesús, es tan lento en evidenciarse e implantarse?, ¿Por qué el germinar de las semillas del Evangelio es tan tardío?, ¿Por qué tarda tanto tiempo la realización del sueño de Jesús? o ¿Tiene futuro esta comunidad tan pequeña que constituimos? o ¿Tiene futuro esta Vida Consagrada?; a estas preguntas podría responder la parábola del "grano de mostaza y la levadura".

En muchas ocasiones, principalmente en momentos de crisis o 'sinsentidos', nos planteamos, ¿Tiene significado mi entrega hoy?, ¿Vale la pena la consagración?, ¿Qué importancia tiene trabajar tanto en mi interioridad? A estas preguntas podrían proporcionar algunas respuestas las parábolas del "tesoro escondido y la perla preciosa".

Las parábolas, entonces, nos asombran situándonos delante de la vida y sus circunstancias, facultándonos para pensar y vivir de un modo diferente; nos permiten percibir el otro lado de las realidades concretas, abriéndonos a una dimensión de trascendencia. De esta manera desvelan la vida real de los seres

humanos de cada tiempo, impulsándonos a asumir una actitud más abierta y más comprometida con las situaciones que nos envuelven.

En el asumir el 'sueño' de Jesús en nuestras vidas, se concretan las propuestas de las parábolas del Evangelio, que no es otra cosa que lograr que todos los habitantes de esta tierra, vivan con dignidad y en justicia, encarnando el amarnos mutuamente; un amor, que en Jesús no excluye a los enemigos, convirtiéndonos así, en testigos de ese sueño.

Las parábolas pueden evocar experiencias que de alguna manera nos desconciertan y en las cuales se revela un dinamismo que desintegra los esquemas 'normales' de la vida y que cada uno de nosotros, fuimos incorporando a lo largo de los años, conduciéndonos, si nos dejamos penetrar y decir por ellas, por las parábolas, a un espacio gustoso y gozoso, sereno, descansado, más inspirador y desafiante. Ellas, las parábolas, zarandean nuestras existencias, sacuden nuestras vidas; nos espabilan y hacen vibrar, dándonos las energías necesarias para 'arrancar' nuestras vidas, de las "normalidades enfermas", despertando en nuestro interior recursos internos, que no fueron todavía estrenados. Así, esta misma vida nuestra, comienza a adquirir otro sabor y otro sentido.

El "tesoro escondido" y la "perla preciosa" en particular

Quisiera detenerme, en este tiempo de cuarentena obligada por la pandemia, en las parábolas del 'tesoro escondido' y de la 'perla preciosa'.

Para iniciar la reflexión puede ayudarnos a una comprensión más profunda el conocer que estas parábolas, según los estudiosos/as, están dirigidas a una comunidad que estaba pasando por una crisis profunda; una comunidad que se hacía muchas preguntas sobre el sentido de la vida y del seguimiento de Jesús, en medio de innumerables dificultades. Nos invitamos, entonces, a recepcionar el cuestionamiento que nuestras vidas reciben desde la parábola del "tesoro escondido y la perla preciosa".

Ambas son relatos de una enorme eficacia. Nos sitúan frente a una experiencia desencadenante de vida, poniendo en marcha un camino que nos permite acercarnos a eso que hemos identificado como el sueño de Jesús; nos sitúan delante de la mayor riqueza y exigen el total desprendimiento. Son imágenes que solicitan radicalidad, "vender todo", para adquirir el tesoro o la perla.

Advirtamos entonces y en primer lugar, una coincidencia en ambas parábolas: el protagonista descubre algo de enorme valor y con tal de conseguirlo, vende todo lo que tiene y compra el objeto encontrado.

Este descubrir el tesoro o la perla; eso que podemos expresar con los verbos encontrar, ver, buscar, percibir, captar, decidir, indica iluminación interior; un 'darse cuenta' que se alcanza sólo, con una interioridad trabajada. Se logra ver claramente cuando somos capaces de construir y cultivar, desde nuestro yo profundo, una subjetividad identificada con nuestro ser varones o mujeres de Dios.

Tanto el caminante de los campos como el comerciante de perlas, venden todo, porque se convencen de que la inversión vale lo que cuesta. Venden y compran, porque encontraron lo que están llamados a ser y se han determinado a serlo. Para 'encontrar' es imprescindible caminar por la vida, dejándose sorprender por los acontecimientos, sin perder la capacidad de asombro, de entusiasmo, de admiración. Es necesario un caminar consciente para encontrar. Caminar atentos. Necesitamos percibir que para 'encontrar', el paso previo es el descubrir que está o sea esa luz interior que nos permite ver claramente la validez de la inversión. La determinación en nuestras vidas, depende de esta 'visión interior'.

Ambas parábolas nos presentan, también, dos situaciones-opciones diferentes en referencia a sus protagonistas, para que nos identifiquemos con alguna de ellas o para que comprendiendo la validez de ambas en el camino de nuestra vida, busquemos la manera de vivirlas entrelazadas, configurando de esa manera la mencionada construcción de nuestra interioridad: experimentar-vivir un caminar atento, encontrando y, al mismo tiempo, un caminar consciente, buscando. Percibir, abrirnos y dejarnos encontrar y penetrar y al mismo tiempo buscar con paciencia, conscientes de la importancia. Hay tiempos en la vida en que encontramos inesperadamente el tesoro y compramos el campo, y tiempos en que tenemos que recorrer un mundo, adverso o no, procurando perlas preciosas. Qué importante y apasionante resulta recorrer el mundo de la propia existencia buscando constantemente cualificar el transitar de nuestras vidas con perlas preciosas, desde el gozo y la energía de los tesoros que nos salen al encuentro.

En la parábola, la persona que es encontrada por el tesoro, sale de sí misma para vender cuanto tiene, se encuentra con el propietario del campo, y lo compra. Se percibe que hace todo eso a partir de su interior, como si hubiese conectado con algo personal e íntimo, que le permite salir desde lo más profundo de sí mismo a un encuentro de un 'sí mismo' cualificado. Y ese doble movimiento está cargado de una

plenificante alegría. Salir de sí misma, salir de sí mismo, primer movimiento importante para trabajar en nosotros mismos. Sólo saliendo de nosotros mismos, entramos de verdad el nosotros mismos. Sólo saliendo de nosotros mismos, nuestra interioridad comienza a tomar vuelo, permitiéndonos vivir desde lo más profundo de sí.

Algunos deciden salir a caminar y son encontrados por el tesoro. Otros, que les encanta la búsqueda, deciden caminar buscando siempre la perla mejor, hasta encontrarla y cuando la encuentran, venden todo lo necesario y la compran, y continúan buscando siempre. Durante toda la existencia, la perla sale al encuentro de aquella o aquel que la busca. La decisión y el riesgo que asumirán tanto el caminante de los campos como el comerciante de perlas, cambiarán sus vidas. El tesoro y la perla seguirán siendo valiosos, sea que ellos vivan con fidelidad y pasión o no. Lo que los transforma no es el tesoro o la perla en sí, sino la decisión y las actitudes que asumen, atraídos por el tesoro y la perla. Es un tesoro y una perla que exigen una transformación de un antiguo y conocido pasado hacia un nuevo y desconocido futuro.

Muchas veces, cuando las personas se cierran a las sorpresas de la vida, o cuando dejan de esperar algo bueno y precioso, se invalidan para ser descubridoras de tesoros o buscadoras de perlas.

Para dejarnos encontrar por el tesoro y la perla es preciso deslumbrarnos, fascinarnos, encantarnos, apasionarnos. Sin encanto no hay determinación. Parece simple, pero es abierto y evocador. "Aquello por lo cual nos encantamos moviliza nuestra imaginación y acaba dejando su marca en todo", decía Pedro Arrupe.

La pregunta es ¿Cómo encantarnos?

No es sólo una cuestión de voluntad, sino de ser pacientes y de vivir con los ojos abiertos, atentos a las realidades, trascendentes e inmanentes; realidades externas e internas, ser poroso para dejarnos encontrar por el tesoro escondido y por la perla preciosa; darles espacio en nosotros, acogerlos, preparar nuestro terreno y así, delante de esta sorpresa, no podremos dejar de permanecer fascinados. Sólo entonces estaremos dispuestos a quemar los barcos, vender todo, dar el salto.

Tal vez nuestro mayor problema es que, en realidad, lo que nos interesa son nuestras posesiones, poder, objetos, apegos y autoimagen y entonces se nos hace

imposible el descubrir el tesoro escondido o la perla preciosa, que no están a mucha distancia de nosotros o que, posiblemente, se encuentran en lo más profundo de nosotros mismos.

Descender, bajar, apearse, en el terreno de nuestra interioridad es la oportunidad de descubrir regiones nuevas y nuevos horizontes, para conocer el reino interior, para encontrar la riqueza interior y así experimentar la transformación, de la que luego podrán gozar los y las que nos rodean.

El camino para una nueva calidad de vida pasa por el descenso a los campos más profundos de nuestro corazón. Eso requiere decisión y coraje para pasar por todas las regiones, principalmente las sombrías, y llegar a lo más profundo. Esta decisión nos posibilita descubrir un mundo diferente que no conocíamos o que habíamos perdido u olvidado. Allá en el fondo, se encuentra un bien precioso que podemos llevar con nosotros, que nos ayuda en nuestro camino y que nos hace totalmente originales y creativos. Allá en el fondo, me encontraré con quién realmente soy y sólo acogiéndome, sanándome, podré ofrecer la riqueza que verdaderamente soy a todos los que se contacten conmigo. Sólo si llego al fondo, podré vivir mi verdadera vida.

Si, es preciso descender hasta el fondo para descubrir la nueva riqueza que cualificará nuestra vida; es descendiendo que podremos revitalizar la vida que se torna vacía y seca. Se trata de despertarnos, de abrir y cavar, de avanzar en dirección al punto principal de lo valioso del tesoro o la perla y de tener conciencia que no es nuestra propiedad sino que el tesoro o la perla nos son ofrecidos como don y que tenemos que hacerle espacio en nosotros para que nos fecunden y de esta manera fecunden también a los demás.

Transitando este camino comprobaremos que cada uno de nosotros posee una fuente de inagotables cualidades-habilidades que nos convierte en un valor para los otros. Experimentando este camino vamos a captar que la vida siempre está oculta en la profundidad y su silencio y que sólo desde ahí se hace don para los demás; percibiremos que la persona superficial se confunde con sus apariencias, sus ideas, sus 'teneres', sus cosas... por eso puede llegar a ser prepotente, rebuscada, autoritaria y violenta y que la persona profunda es aquella que vive desde su raíz, desde la fuente misma de la vida, y permite advertir a simple vista todas sus riquezas, dones y capacidades y siendo auténtica, suave, tierna y humilde. Por eso

transitando el camino que nos lleva a esa profundidad de nuestro ser, decidiremos quiénes queremos ser y obtendremos las energías necesarias para determinarnos, aun sabiendo que no es camino fácil.

Es en nuestro corazón donde existen con abundancia, los aspectos positivos de nuestra personalidad, los talentos naturales y las tendencias. Ahí tenemos que trabajar; ahí se anidan inmensas riquezas que se exprimen de manera diferente, dando a cada persona su propio perfil, un carácter único. *“El hombre bueno saca cosas buenas de su tesoro bueno del corazón; el hombre malo saca lo malo de la maldad. Porque de la abundancia del corazón habla la boca”* se nos dice en Lucas 6,45. Y es así porque en esa región profunda del corazón residen las certezas, los valores, las ideas fuerzas que entretejen el eje de nuestra existencia, lo mejor de nosotros, el lugar de nuestra recuperación y de nuestra realización, lo positivo que nos solicita continuamente a volver, tornar, a lo que debemos ser. Aquello que nos hace comenzar siempre de nuevo.

La fuerza de la transformación la encontramos en nuestra profundidad. Para tener acceso a la riqueza interior de nosotros mismos, hay que descender a lo profundo de nuestro ser una y otra vez, para sacar a la luz quienes somos realmente, aceptarlo, purificar y cambiar todo lo necesario, permitirle al ser pleno que emerja. Este es el camino de la verdadera espiritualidad: descender hasta el fondo, en nuestra mismísima intimidad, buscar en nuestro mundo interior donde están escondidas las perlas que dan significado y sentido a nuestras vidas, y encantados con el descubrimiento, traerlas y colocarlas al servicio de los otros, multiplicándolas.

¿Cómo está tu corazón? ¿Dormido? ¿Conserva la inquietud de búsqueda y purificación de los apegos que acaban por sofocarte?

===